

mosnas, y renovábase la *memoria* del difunto el día primero de cada año, además de la conmemoracion que de él se hacia todos los días en el santo sacrificio <sup>1</sup>.

Así para honrar á los muertos, como para conservar el recuerdo de su vida, ponian comunmente en su tumba diferentes objetos, como las insignias de su dignidad, los instrumentos de su martirio, botellitas ó esponjas llenas de su sangre, las actas de su martirio, su nombre, medallas, hojas de laurel ó de algun otro árbol siempre verde, cruces, el Evangelio y tambien la santa Eucaristía. Los aromas eran en tan grande cantidad, y los sepulcros tan bien cerrados, que mas de doce siglos despues exhalaban todavía un agradable perfume <sup>2</sup>; era costumbre colocar el cuerpo boca arriba, con el rostro vuelto al Oriente, postura que era un símbolo de esperanza y como un último grito de inmortalidad.

#### Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber reemplazado la ley de odio, que reinaba en tiempo del Gentilismo, por la dulce ley de la caridad universal; dadnos la gracia de que imitemos los hermosos ejemplos que nos legaron nuestros padres.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no quiero decir nunca de los demás lo que no quisiera que dijese de mí.

<sup>1</sup> Tertul. *De coron. mil.* c. 3; Orig. *in Job*, homil. III; S. Cypr. epístola XLVI; Mamachi, t. III, y sig.; Fleuri, pag. 263.

<sup>2</sup> Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, y Boldetti, *Osservazioni sopra i cimiteri*, etc., lib. I, c. 29, pag. 307.

#### LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea.—Pormenores acerca de los Mártires.

Una tierna y sincera piedad, una caridad universal, una santidad perfecta formaron, con algunas excepciones, el carácter de los primeros cristianos. «No pretendemos negar, decia Tertuliano, que haya entre nosotros *algunos* hombres entregados á sus pasiones; mas para probar la divinidad de la religion cristiana, basta que sean en *corto número*. Es imposible que en un cuerpo, por perfecto que le supongamos, no se encuentre algun defecto; pero mucho bien al lado de un poco de mal hace brillar la perfeccion de una sociedad <sup>1</sup>».

Tantas virtudes admiraban á los gentiles, y quizás nosotros mismos nos inclinamos á creer que los ejemplos de nuestros padres no pueden ser imitados por nosotros; es cierto, sin embargo, que como ellos somos nosotros llamados á la santidad por el mero hecho de nuestra vocacion al Cristianismo, que Dios no nos niega ninguno de los medios necesarios para ser santos, y finalmente, que adoptando las costumbres y precauciones de que nuestros padres se valian, nos es dable imitar sus virtudes. Lo que somos nosotros fueron ellos; ¿por qué no podemos, pues, llegar á donde ellos llegaron?

Hemos visto que pasaban sus dias en la oracion, en el trabajo y en la práctica de obras de caridad; ¿quién nos impide seguir su ejemplo? Conociendo la debilidad y corrupcion de la naturaleza, desconfiaban de sí mismos y evitaban con gran cuidado todas las ocasiones de pecar; una vez convertidos del Gentilismo al Cristianismo, rechazaban todo contacto impuro con la antigua sociedad, y no solo no huian de sus libros, de sus cantos profanos, de sus tem-

<sup>1</sup> Tertul. *ad Nat.* lib. I, c. 5, pag. 43. Véase tambien á Mamachi, pref., pag. 17-31.



plos, sino tambien de sus teatros, de sus festines y de sus bailes. Las razones que á ello les movian nada han perdido de su fuerza, pues, lo mismo ahora que antes, aquellas profanas reuniones son ocasiones de escándalo y de pecado.

Al principio los primeros cristianos no concurrían á los teatros, hecho que atestiguan los mismos autores gentiles; y el ejemplo de tan venerables abuelos deberia ser bastante para arreglar la conducta de hijos bien nacidos; sin embargo, si preguntamos á nuestros padres la razon de su conducta, nos contestarán lo mismo que contestaban á los gentiles: «No asistimos á vuestros espectáculos, porque conocemos todos sus peligros<sup>1</sup>.» Ahora bien, estos peligros ¿no son los mismos ahora que antes?

Oigamos á Tertuliano, meditemos sus palabras, y con la mano en el corazon digamos si la historia que nos traza de los espectáculos de su tiempo no es idéntica á la de los espectáculos de nuestros días: «El teatro, dice, es propiamente el santuario del amor profano; solo se va á él en busca del placer. El encanto del goce enciende la pasion, la que se inflama á su vez por el atractivo de aquel; aun suponiendo que se guarde en el teatro una postura modesta y recatada, ¿quién puede asegurar que bajo aquel exterior tranquilo, bajo la máscara que el arte ó la condicion imponen, se mantenga el corazon impassible, y no hierva en el fondo del alma una secreta agitacion? No se busca el placer sin gustar de lo que lo proporciona; y es imposible que guste sin que medie un sentimiento de afeccion, afeccion que es el mas vivo aguijon del placer que se experimenta. Si la afeccion cesa, cesa el placer, y solo se experimenta fastidio, conociéndose su utilidad y que se pierde el tiempo; ahora pregunto yo, si puede esto convenir á los cristianos. Piénsese como se quiera del teatro, por mas que se deteste, que se esté mal en él, que cause vergüenza la compañía que en él mismo se halla, basta concurrir á él para autorizar con su presencia á los demás que allí se encuentran; es ponerse en contradiccion consigo mismo. Lo que nuestro pensamiento condena, nuestro ejemplo absuelve; el que se encuentra voluntariamente entre los que cometen el mal, lo aprueban; así es que no nos basta no ser autores, queremos no ser cómplices, pues no habria actores si no hubiese espectadores.

<sup>1</sup> Minut. Felix, Oct. pág. 8 et 26.

«El amor impúdico entra en el teatro por los ojos y por los oidos; allí se inmolan mujeres á la incontinencia pública de un modo mas peligroso de lo que se haria en los lugares que nadie se atreve á nombrar. ¿Qué madre, no digo cristiana, sino honrada solamente, no prefiriera ver á su hija en el sepulcro que en el teatro? ¡Cómo! ¿la ha educado con tanta ternura, con tantos cuidados para verla en tal oprobio? ¿la ha tenido noche y dia debajo de sus alas maternas para entregarla al público y convertirla en un escollo para la juventud? ¿Quién no ve en aquellas infelices otras tantas esclavas extraviadas, en las que el pudor ya no existe? Vedlas como pavonean en medio del teatro todos los hechizos de la vanidad. ¿Acaso es nada para los espectadores el pagar su lujo, el mantener su corrupcion, el darles su corazon en prenda, y el aprender de ellas lo que jamás debiera saberse?

«Debiendo sentir horror por la impudicia, ¿nos será permitido ir á ver ó á oír lo que nos está vedado hacer ó decir, á nosotros á quienes se pedirá cuenta de una palabra ociosa? Así pues, por el mero hecho de estarnos prohibida toda impudicia, nos está vedado el teatro.

«Aquello á que hemos renunciado solemnemente en el Bautismo, no podemos practicarlo, ni decirlo, ni mirarlo de cerca ni de lejos; ahora bien, sea cual sea el nombre de la accion que se representa en la escena, tragedia, comedia, pantomima, no hay pieza cuyo asunto no sea contrario á las costumbres ó á la humanidad: debilidad ó crímenes; no se ve otra cosa.

«¿Qué os enseña la tragedia? decídmelo. Aventuras fabulosas ó exageradas que no traen generalmente á vuestra imaginacion sino actos violentos ó vergonzosos, que valdria mas haber olvidado, y que desarrollan en vuestra alma gérmenes dañinos que se declaran con imitaciones fieles en exceso.

«¿Qué os enseña la comedia? ¿qué ofrece á vuestra vista? El adulterio y la infidelidad, las intrigas de la seduccion y el deshonor de los esposos, indecentes bufonadas, padres burlados por sus criados y por sus hijos, viejos imbéciles y disolutos.

«¿Y la pantomima? Este espectáculo ofrece á vuestros ojos todos los desórdenes de una lujuria insolente, todo lo que una boca cristiana no tiene valor para pronunciar. ¡Qué escuela para las cos-



«tumbres, ó mejor, qué semillero de crímenes! ¡Cuántos alimentos para todos los vicios!»

Después de demostrar que el teatro es una ocasión de pecado, y que los votos del Bautismo lo vedan al cristiano, Tertuliano examina los pretextos que se alegan para justificar su presencia en él; todos los sofismas modernos en favor de los espectáculos son prevenidos y refutados por el elocuente escritor.

«Dicennos: A mi edad, en la posición que ocupo, con la fuerza de mis principios ó el buen temperamento de mi constitución, nada tengo que temer del teatro. ¡Vuestra edad! Sea cual sea, no os libra de los peligros del teatro; jóvenes, os amenazan formidables, pues ¿cómo defenderos de las impresiones voluptuosas que os cercan por todas partes y que no encuentran quien las rechace? El deber cede ante espectáculos que agitan todo vuestro ser, y que hablan más fuertemente á vuestro corazón que la conciencia. La vejez no es tampoco un buen preservativo; no, porque los hielos de la edad no apagan fuegos desde mucho tiempo encendidos y cuya voracidad aumenta el tiempo.

«La posición que ocupais hace que sea para vosotros una necesidad, decís; pero yo os contesto que la fe cristiana no admite mas necesidad que la de obedecer á la ley del Señor. Hay circunstancias, decís, en que es indispensable el asistir al teatro, pero yo os digo que no hay ninguna en que sea permitido ofender al Señor. Os creéis seguros por vuestra constitución, pero yo apelo á la experiencia, y en vista de sus diarias lecciones os preguntaré si jamás salió alguien del teatro del mismo modo que entrara. ¿Qué me contestará vuestra conciencia si la interrogo? ¿Por qué camino habeis llegado hasta el teatro? Por el de pasiones que descaban ser satisfechas. ¿Qué habeis ido á ver? Todo cuanto podia agradaros, y todo cuanto os está prohibido imitar. Decidme de buena fe, ¿es aquel el puesto de un cristiano? El que se halla en el campamento enemigo indica que, infiel á su príncipe, ha desertado de sus banderas; pues ¡cómo! ¡os hallábais hace un momento en la Iglesia de Dios, y estais ahora en el templo del demonio! hace un momento en la sociedad de los espíritus celestes, y ahora en un impuro fango! ¡Cómo! ¡esas manos que acabais de elevar hácia el cielo, han podido aplaudir á un histrion! Esa misma boca que se abria para can-

«tar nuestros santos misterios, ha proclamado las alabanzas de una prostituta! ¿Qué os impedirá en adelante entonar himnos á Satanás?»

«Sin embargo, replicais, no asisto mas que á la representación de buenas obras; pues hay espectáculos honestos que sirven de escuelas de moral. ¿Dónde están tales obras? Decid, en todo caso, que elegis las menos malas; la elección no consiste aquí entre lo bueno y lo malo, sino entre lo más ó menos malo. ¿Acaso no se ve en todas las más pérdida de las pasiones? ¿Por ventura aquellas obras no cambian de naturaleza al ser representadas, siendo entonces mil veces más peligrosas por las infinitas seducciones con que son revestidas? ¡Vais al teatro como á una escuela de moral! ¡Vais á él en busca de modelos de virtudes cristianas! ¡Ah! no, no es esta vuestra religion, ó es una religion desfigurada. ¡Dignos intérpretes de la sagrada Escritura son vuestros poetas dramáticos! ¡dignos órganos del Espíritu Santo son vuestros actores!»

«Voy allí para acompañar á mis hijos; pero ¿con qué derecho les permitís ir allá? ¿No hay bastante con haberles comunicado, al engendrarles, el fuego de la concupiscencia, sino que quereis abrasarles en él conduciéndoles al foco de todas las pasiones? Les acompaño al teatro para que se reformen. ¡Cómo! ¿vuestra hija no puede educarse sin tener á una actriz por modelo, y vuestro hijo á un cómico por preceptor?»

«Pero si no es mas que un pasatiempo, decís; á esto contestaré que la mano que prepara el veneno homicida no frota los bordes de la copa con hiel y eléboro, sino con sustancias dulces é incantivas, á fin de ocultar la traición y la muerte. Tales son los artificios del demonio; admírese la belleza de las escenas, la melodía de los cantos, la excelencia del poema, la pureza de la moral; y sin embargo no serán mas que gotas de miel: el vaso de que manan está emponzoñado; el atractivo del placer no equivale al peligro que lo acompaña. Temed tan perversos halagos; vayan al teatro, que para ellos se ha hecho, los libertinos, las mujeres perdidas, las almas descreidas; nuestros juegos, nuestras fiestas no están preparadas todavía, y no podemos sentarnos á la misma mesa, porque no nos es dable tenerlos por convidados. Todo llega á su tiempo; para ellos los placeres hoy, para nosotros las tribulaciones; el mundo, nos dice Jesucristo, estará en la alegría, y vosotros en la



«tristeza. Aflijámonos, pues, mientras el gentil goza, á fin de gozar cuando empezará él á afligirse, por miedo de que participe de sus placeres, participemos tambien de sus dolores <sup>1</sup>.»

El horror que sentian nuestros padres por los espectáculos, manifestábanlo tambien por los bailes y fiestas profanas <sup>2</sup>; y como los gentiles se lo echasen en cara, contestaban: «¡No hay duda que los cristianos son salvajes y enemigos del Estado, y esto porque no asisten á vuestros festines, y porque consagrados á la verdadera Religion, celebran los dias de fiesta del Emperador con una alegría puramente interior, y no con escandalosas orgias! ¡Grande prueba de afecto en verdad es encender hogueras y poner mesas en las calles, celebrar banquetes en las plazas públicas, transfor-  
« formar á Roma en taberna, hacer correr arroyos de vino, y divagar en comparsas de aquí por allí para provocarse unos á otros con escandalosas apuestas, con impúdicas miradas! ¿Acaso debe manifestarse la alegría pública por la vergüenza pública? Lo que viola la decencia en cualquier otro dia, ¿puede ser decente en las fiestas del Emperador? ¡Oh! somos, en efecto, dignos de la muerte, porque hacemos votos por el Emperador, y porque tomamos nuestra parte en la general alegría sin dejar de ser castos, modestos y reservados en nuestras costumbres <sup>3</sup>.»

¿Es posible hacer una descripcion mas semejante de lo que sucede entre nosotros en ciertas épocas del año y en ciertos dias de regocijos públicos? Semejanza fatal que demuestra que una parte de la sociedad ha vuelto á los tiempos del Gentilismo. En cuanto á

<sup>1</sup> Véase á Mamachi, t. II, pág. 188.

<sup>2</sup> *De Spectaculis*. Tatian. *Orat. contr. Græcos*, pág. 279; san Teófilo de Antioquia *Ad Autolic.* pág. 416; san Cipr. *De Spectaculis*; Lact. *Instit. div.*; san Basil. Homil. IV *in Hexameron*; S. Joan. Chrys. Homil. XV *ad pop. Antioch.*, y III *in Saul. et David*; y S. Ambr. *De Fuga sæculi*; S. Aug. *Confess.* lib. III; Salvian. lib. IV *de Provident.*, etc., etc.

Los concilios de Elvira en 305, cân. 62 y 65; primero de Arles en 314, cân. 5; tercero de Cartago en 393, cân. 2; cuarto id. en 398, cân. 88; de África en 424, cân. 28 ó 61, cân. 30 ó 63, cân. 129; segundo de Arles en 432, cân. 20; sexto concilio general en 680, cân. 9; sínodo de san Carlos Borromeo en 1568; de Bourges en 1584, cân. 4.

Los mismos cómicos, los autores dramáticos y los aficionados al teatro usan igual lenguaje, y están acordes con los Padres de la Iglesia y los Concilios en condenar los espectáculos. (Véanse sus confesiones en Després de Boissy, *Caritas sobre los espectáculos*).

<sup>3</sup> Tertul. *Apol.* c. 35.

nosotros, hijos de los cristianos, el ejemplo de nuestros padres nos traza la conducta que debemos seguir, pues tenemos iguales razones para alejarnos de esas fiestas culpables, huir las ocasiones y velar por nuestra virtud.

Hasta aquí hemos bosquejado el retrato de las dos sociedades que existian hace diez y ocho siglos, despues de la predicacion de los pescadores galileos; hemos visto el estado y las costumbres de Roma gentil, lo mismo que el estado y costumbres muy diferentes por cierto de Roma subterránea, sagrada residencia de los primeros cristianos; asistir debemos ahora al terrible combate que va á trabarse entre la sociedad antigua y la sociedad moderna.

Como siempre es el error el agresor, porque el error persigue siempre á la verdad, la sociedad antigua fué la que dió la señal del ataque, y empezó propalando mil calumnias, pues siempre la violencia finge el exterior de la justicia, y era preciso hacer primeramente odiosos á aquellos á quienes se queria asesinar. Entonces los judíos y los gentiles hicieron causa comun, y en vez de hacer penitencia de su deicidio, los ciegos descendientes de Abraham y de Jacob llenaron la medida de sus crímenes persiguiendo con inaudito furor á los discípulos del Mesías: presintiendo la ruina de su culto simbólico, fueron los primeros en lanzar el grito de alarma; y apenas supieron el designio de los Apóstoles de predicar el Evangelio por toda la tierra, cuando escribieron infinitas cartas y enviaron numerosos emisarios para indisponer los ánimos, diciendo: Ha aparecido una nueva secta; los que la profesan llevan el nombre de cristianos; predica el ateísmo y destruye todas las leyes; su doctrina es impía, detestable, sacrilega <sup>1</sup>.

Presentar al Cristianismo como destructor de todas las virtudes y hostil á los Gobiernos, era atraer sobre sus sectarios el odio de los pueblos y el rencor de los reyes: desgraciadamente tan atroces calumnias dieron abundantes frutos; creyéronlas los gentiles, y las falsas impresiones que causaron no se habian borrado todavía doscientos años despues <sup>2</sup>. Dicese que los judíos de Worms, en el Rhin, conservan aun una de las cartas que se enviaron por todas partes contra Jesucristo y sus discípulos <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> San Justino, *Diál. cum Triph.* pág. 235.

<sup>2</sup> Orig. *in Cels.* lib. VI; Tertul. *ad Nad.* lib. I, c. 14.

<sup>3</sup> Tillemont, t. I, pág. 148.